

AQUEL PUENTE DEL 30 DE JULIO

Por: *Jorge Vargas Méndez*

*Y es claro
un recuerdo puede ser un escándalo
que a veces nos recorre como un sol de franqueza*

Mario Benedetti

En aquellos días, nada sabía aún sobre mi país y su dictadura militar, tampoco conocía sobre las huellas que habían dejado entre las ergástulas centenares de hombres y mujeres, ni sobre la sangre que se había derramado hasta esa fecha.

Yo hacía mi séptimo grado nocturno en la Escuela República de Japón, Mejicanos, donde los docentes probablemente por miedo, poco o nada hablaban sobre el peligro que asediaba en las calles por el simple delito de seguir amando la libertad, la justicia, la vida.

Durante el día oficiaba de aprendiz en un taller de mecánica fina ubicado en la todavía 7a. Calle Poniente, precisamente en la casa número 225, al costado sur del Parque Infantil de Diversiones, la cual pertenecía - lo recuerdo muy bien-, al odontólogo José Ortiz Narváez. «Taller El Internacional, teléfono 22-0846. Reparación de máquinas de oficina», decía el descolorido rótulo con letras rojas sobre un fondo blanco.

Para mí todos los días habían sido iguales o, por lo menos, lo habían sido hasta ese día cuando supe que, desde algunos años atrás (décadas y siglos, hoy lo sé), la angustia merodeaba entre obreros, campesinos, estudiantes universitarios y entre algunos círculos de profesionales e intelectuales.

Después de la guerra contra Honduras nunca había visto tanta hueste movilizándo-

se por las calles y, sobre todo, jamás la había visto pasar frente a mí con sus fusiles empuñando el odio y armada hasta los dientes como si marcharan a combatir contra un ejército enemigo. Cuando pasaron en caravana sobre el asfalto no sé cuántas tanquetas y camiones cargando decenas de sicarios, comenté que un miedo horrendo se había vaciado entre mi camisa.

Entonces, el dueño del Taller El Internacional me dijo: «Aquí las cosas andan mal y algo grave va a ocurrir. Ese ejército no ha salido de choto de los cuarteles». Y desde ese día la noche se me fue complicando. Comenzaron mis preguntas a los profesores, buscaba noticias en radios y en periódicos, especialmente aquellos que eran leídos por los obreros y estudiantes que me rodeaban: «La Crónica del Pueblo» y «El Independiente».

Don Javier -mi recordado jefe con visos de mi padre- comenzó a revelarme que no sólo era un mecánico sino también un admirador de Alberto Masferrer. Con frecuencia hacía a un lado las herramientas que abundaban en el banco para leer en voz alta: «El mínimun vital» y «Leer y escribir», del pensador de Tecapa (hoy Alegría), de quien conservaba, adosado en la pared, un retrato hecho a lápiz de Valero Lecha, un obsequio del propio maestro pintor, y que se quemó cuando un incendio convirtió en pavesas el pequeño taller.

En esa atmósfera de mi iniciación -se podría decir-, una tarde don Javier me dejó sorprendido al recitar: «El hombre es una bestia que ha nacido para ser esclavo, y por eso besa enamorado la cadena que lo ata. Y no contento con besar la bota criolla que lo pisa...» Léase este libro, niño -me dijo-. Aquí lo dejo, es del poeta José María Vargas Vila. Quizás, esos fueron mis primeros contactos con la poesía escrita, digo con la poesía escrita, porque mi padre que era un poeta de la madera, un carpintero, ya me había enseñado que las guitarras no nacieron para el silencio.

Pero en realidad, fue desde aquel día que comencé a buscarle los talones al dolor de tanta patria, a interrogarme sobre qué se puede hacer.

No había transcurrido ni una hora de haber visto pasar a las falanges del gobierno cuando se escucharon unos disparos y varios estallidos de granadas o bombas, que hasta parecía el audio de la serie televisiva de aquella época: *Combate*. Y hasta ahí, justo al frente del Parque Infantil de Diversiones, llegaban los gritos de angustia y las órdenes de matar. Pero no se confundían: el llanto, olía a ciprés; las órdenes, a una condena multitudinaria.

Muchos pequeños negocios -como el taller- comenzaron a cerrar sus puertas y la gente que esperaba bus a lo largo de la acera del parque, comenzó a correr buscando un sitio para protegerse. Aquello se escuchaba tan cerca. Tampoco faltaron sobrevivientes que pasaban corriendo, pálidos y mudos. Unos llevaban su camisa ensangrentada y otros, el alma muerta o acaso moribunda.

Y por supuesto que aquella fecha, 30 de julio de 1975, quedó grabada en mí para siempre y la recordaría con frecuencia des-

pués, cuando el ejército disolvía a fuerza de balas y tanquetas diversas manifestaciones sindicales y estudiantiles, en las que yo, era más que un simple testigo.

Más tarde, aquel 30 de julio, llegó mi padre con el rostro muy pálido y visiblemente preocupado porque pensaba que yo me había ido a buscarlo a donde él trabajaba, lo que suponía un riesgo porque la Mueblería de Francisco Delgado se ubicaba en la Calle Guadalupe, en las cercanías del sitio de la masacre, y que está casi frente a las oficinas de un partido político que desapareció tras los resultados de las últimas elecciones (2004).

Fue mi padre quien dio detalles de lo ocurrido a don Javier y a los «mieludos» -así nos decían a los mecánicos-, que esperábamos el mejor momento para abandonar el taller. Dijo: «La matazón de los estudiantes fue a unas pocas cuerdas de donde trabajo, en el puente de la 25 Avenida Norte, en la esquina del ISSS, por el paso a doble nivel. Eso obligó a muchos estudiantes a lanzarse hacia la 3a. Calle Poniente, pero cuando caían les pasaban encima las tanquetas y los terminaban de matar».

Uno o dos días después mi padre me llevó a recorrer el macabro sitio y, con disimulo, me hizo ver unas huellas tatuadas con sangre sobre los muros del ISSS, donde alguien que había superado el miedo o, como un gesto de desafío, había colocado una corona de ciprés en memoria de las víctimas.

Tanto se quedó conmigo aquella fecha que, 15 años después, en enero de 1990, tampoco pude omitirla: «(...) Ah mi padre, sabio entonces burlador y loco/ me bautizó/ me llevó por las tristísimas venas de una ciudad al dolor abierta/ a recoger sus metálicas piedras/ a beber de su inmenso jícara amargo/

Hoy es mi turno/ muero veintiocho años, llevo y traigo nuevas estampillas/ la ciudad se ha inundado de hienas/ ha corrido un río de voraces estalactitas sobre nuestros abrazos/ y se ha erguido el dolor con su pecho lleno de ínfulas/ cercando como extraño bicho el amor de los hombres/ manoseando nuestra humanidad/ poblándola de cosas peludas/ Y he desaparecido veintiocho años/ veintiocho años callando/ veintiocho años llorando/ veintiocho años no siendo/ He muerto veintiocho años/ y velo relojes para que nazca el Hombre/ sólo el Hombre». (Del poema "Democracia" incluido en *Concertación nacional y otras confesiones*, 1990)

Yo no estuve en medio de aquel crimen, ni soy un sobreviviente del mismo. Sería casi una blasfemia que al calor del nuevo periodo que vive El Salvador saliera con una patraña semejante. Pero lo que vi desde mi condición de oficiante de aprendiz de mecánica, lo que sentí al momento de aquella masacre o cuando observé la sangre aún fresca y las palabras de mi padre, me hace creer firmemente en que la patria democrática no es un punto de llegada sino un proceso de búsqueda y construcción permanente. Y en toda caso, la memoria histórica es una poderosa herramienta, siempre y cuando se trate de mejorar el silencio.